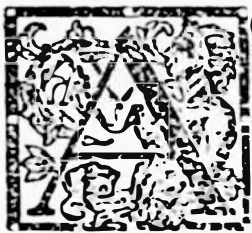


Ramón de la Serna

Un elogio del film americano



QUI se da al César lo suyo. ¿Cumplen los otros con la Divinidad? Pero... ¿quiénes son «los otros»? El film americano es una industria, un negocio gigantesco. Cada organización singular es un complejísimo instrumento productor al servicio de una empresa. Podría estar al servicio del Estado en un régimen no capitalista. Y siempre tendría que ser *negocio*, en cierta medida, para el Estado, pues el artilugio técnico, desde la producción a la proyección, con sus salas y sus aparatos, resultaría demasiado caro como lujo cultural o artístico. No había de ser el film menos que el vodka como fuente de riqueza pública. En Rusia constituye el vodka una saneada fuente de ingresos para el Estado. Sólo convirtiendo el film en un raro espectáculo de excepción—lo que se ha intentado con menos éxito que con el teatro y la danza—sería posible sostenerlo como lujo. ¿Pero se sostendría? Queremos decir si podría subsistir sin el espoleo de la competencia, de la pugna, sin la pericia y el diestro dominio instrumental, profesional, de oficio, que sólo con el ejercicio constante de una disciplina, de un arte de una «técnica», es posible lograr. Por técnica no entendemos exclusivamente el aspecto de «manufactura».

El film americano es industria, negocio. Aquí no se engaña a nadie. Se da al César lo suyo, Preguntábamos si los otros cumplen con la Divinidad y preguntábamos quiénes son «los otros».

Os lo voy a decir. Son los que adoptan una postura de falsa rebeldía ante ciertas realidades vivas y arrolladoras y piden renovación, cuando no revolución, desde una margen de escaso peligro. No arriesgan nada, o bien poco. Ya decimos que son falsos rebeldes. Quien se lo juega todo aquí, no suele anunciarlo. No vamos contra la renovación, ni contra la revolución, siquiera donde juzguemos que ésta sea necesaria. Vamos contra sus cómodos voceros, contra los fariseos de un culto sin fe. Porque éstos cuando llega la revolución se asustan y cuando llega el renovador le cierran la puerta, si pueden. Y es que con su llegada se les agota el tema. Es que en realidad no querían lo que proclamaban. Se trata, frecuentemente, de una válvula por donde se desahogan determinadas amarguras. Y con frecuencia se trata también, más que de una postura, de lo que hemos dado en llamar una «pose». Por ejemplo: aquello de la virginidad estética del gesto en el film. Era «otra cosa»: un mundo nuevo y silente, lleno de sugestión, de posibilidades, rico de logros en potencia. Se abrían nuevos caminos por los que no había atrás. Se tendía a la supresión de los rótulos explicativos: ni escrita se aceptaba la palabra. Y de pronto vino la renovación por la palabra justamente. Y no escrita, sino hablada. Esta renovación—esta revolución—se produjo, no en el cenáculo de los teorizantes, sino en el taller del industrial. Trajo una reacción momentánea, ciertamente. El teatro empezó a vengarse de tremendos e injustos agravios, como si quisiera demostrarnos que no es tan fácil deslindar zonas y potestades artísticas y que lo que hoy se presta mañana te lo devuelvo y que si hablo hoy fuerte es por haber callado ayer; que hay un substrato incógnito por donde diríase que las artes todas, en cuanto manifestación de vida, se comunican en virtud de hondos y soterrados influjos. En su día recibió el teatro estímulo del film, al mismo tiempo que un rudo golpe. Tuvo que dejarse influir y esta influencia le fué beneficiosa. Había algo de verdad en lo que se decía en los cenáculos de los teorizantes. Lo inaceptable era convertir aquello en inconciliable

tesis: en un falso culto del film. Y sobre todo el pretender desvincularlo, singularizarlo como cosa única, ponerlo aparte.: sólo y suelto. El mismo se encadenó, bien pronto, ágilmente, como recusara con violencia el extrahumano y desolado papel que se le asignaba. ¡Cuánta literatura en torno del tema! ¡Y cuánta laxitud en la lidia por la actitud adoptada! Los literatos del film extrahumano puede decirse que ni siquiera hicieron ademán de resistir seriamente. La oposición al film hablado no pasó, en general, de la protesta: a la pugna positiva, a la verdadera lucha, no se llegó en ningún momento. Y es que no se puede luchar sin fe. Los literatos proclamaban algo en que no creían realmente. Su silencio, después, fué bien embarazoso y su posición bien desairada. Hoy nadie se acuerda de aquellos deliquios.

Entre los que llamamos aquí «los otros» incluimos también a los que se presentan con ínfulas de filantropía y mecenazgo y que—salvo contadísimas excepciones—cuando no buscar satisfacer a poca costa una punible vanidad, buscan sencillamente el negocio por otro camino: insinceramente. Preferimos aquí al industrial que no pretende ser más que eso; industrial. Pero es que en esta zona de actividades, si lo es de veras, rebasará maravillosamente su modesto designio. Hemos visto cómo la renovación del film puede producirse en sus talleres y quien no sea demasiado joven y haya frecuentado el espectáculo habrá podido ser testigo de la evolución específica de este arte como creación de carácter preponderantemente industrial. Sobre todo en Norteamérica. Y puede decirse que el film americano es hoy, sencillamente, *todo el film*. Hasta el europeo empezó a revivir, no sólo de su influencia, sino incluso gracias a sus recursos económicos y a sus directores e intérpretes en algunos casos. A los americanos se culpa principalmente de que el film sea hoy, ante todo, una industria. ¿Pero qué puesto en rendimiento de una actividad artística no es industria hoy? Podrá culparse a los americanos, si se quiere, del crecimiento fabuloso de esta industria en complicidad con todos los meteoros de la publicidad

moderna. Pero no de que sea industria. ¿No lo es la edición de libros? Al industrial del film se le combate tan irresponsablemente como al editor. (En lo que al film americano se refiere, con mayor injusticia aún). No suele ser el editor quien cierra la puerta al genio. ¡Qué más quisiera él que se le entrara un genio por la puerta todos los días! Y si, en alguna ocasión, ocurre que se la cierra, es porque antes se la han cerrado sus compañeros de literatura. Los que tanto se quejan del editor, cabalmente. Pero no hay que preocuparse: esa rara ave que es el genio, es también cosa de naturaleza. Y como con ésta acontece, si se le cierra la puerta, se cuela por la ventana. Incluso en esa pugna «se hace» el genio muchas veces. De la acogida que puede encontrar entre los industriales del film—del film americano, se entiende—podemos decir algo. No sólo no se le cierra la puerta siempre, sino que se le busca, se le llama. Así ocurrió, por ejemplo, con Eisenstein. Se le acogió con todos los honores, se le dieron toda clase de facilidades, se le pagó con esplendidez. El lo ha reconocido noblemente. No fueron motivos artísticos los que impidieron aquí una colaboración, sino respetabilísimas razones de otra índole por parte del ruso extraño. Tenía que probar la zarpa «filantrópica». Encontró protectores que financiaron su film de México, para incautarse luego de él. Vió su labor de artista profanado, de modo abominable, por manos de falsos mercaderes. Se hizo un montaje, grosero por gente inexperta y se añadió aquel final que consigue lo inaudito, lo imposible: poner en ridículo a esa cosa enorme que se llama México.

No, no es el film americano asunto de arte, sino asunto de industria. Pero ya dijimos que, en esta zona de actividades, el industrial, si lo es de veras, rebasa maravillosamente su designio humilde. En efecto, si el film americano no pretende ser negocio de arte, ha conseguido ser negocio de artesanía. Y aquí ha llegado a lo magistral. Casi diríamos que a lo perfecto. Ha logrado así revivir con savia nueva, de acuerdo con la hora del mundo y en cósmica escala, la tradición gloriosa del artesanado, poniendo

a contribución un esfuerzo y una capacidad que asombran y suspenden. El film americano es, sencillamente, uno de los milagros de la época. El diletantismo no tiene entrada aquí. El marbete de origen ha llegado a ser garantía aceptada por los más exigentes, si en su exigencia no llegan a lo desorbitado: a lo injusto. Pues no hay que llamarse a engaño cuando no se nos da lo que no se nos ha ofrecido. Y hay la obligación de reconocer que en la oferta no ha habido fraude. Estos artesanos magníficos nos dan un producto en el que, medida con el rasero de la artesanía, la excelencia es, generalmente, indiscutible. Incluso llegan a ofrecernos, en raras ocasiones, la producción extraordinaria: la creación genial. ¿Vamos a culparles de que la genialidad no sea una cosa «abundante»? Nunca lo fué, por ventura. No nos sorprenderá aquí, pues, con frecuencia. Démonos por satisfechos con la seguridad de encontrarnos defendidos de la incapacidad, del diletantismo grosero, de la audacia inexperta y ridícula.

Por eso dejamos aquella sorpresa al enigma de un venturoso azar y confiamos en la seguridad deliciosa de un ocio grato ante una buena película americana.